



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
affectio@antares.udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
ISSN (versión impresa): 2215-8774
Colombia

2014

Luciano Lutereau

LA AMISTAD EN PSICOANÁLISIS. LA FUNCIÓN DEL INTERLOCUTOR

Revista Affectio Societatis, Vol. 11, N.º 20, enero-junio de 2014

Art. # 3

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

LA AMISTAD EN PSICOANÁLISIS. LA FUNCIÓN DEL INTERLOCUTOR

Luciano Lutereau¹

Universidad de Buenos Aires, Argentina
llutereau@gmail.com

Resumen

En este artículo nos proponemos interrogar el motivo de la amistad en psicoanálisis, a través de una pregunta concreta que destaque la importancia de su planteo: ¿qué es un psicoanalista *para otro* psicoanalista? Para dar cuenta de este aspecto, propondremos diferentes "modelos" de la amistad: partiremos de lo que han dejado esbozado Freud y Lacan al respecto, para luego recurrir a la filosofía con el propósito de esclarecer una relación con el semejante que no desestime su alteridad. Como referencia privilegiada para pensar la relación de amistad tomaremos la función del interlocutor.

Palabras clave: psicoanálisis, amistad, amistad, interlocutor.

FRIENDSHIP IN PSYCHOANALYSIS. THE ROLE OF THE INTERLOCUTOR

Abstract

The aim of this paper is to examine the issue of friendship in psychoanalysis through a specific question that highlights its importance: What is a psychoanalyst *to another* psychoanalyst? In order to account for this, we propose different "models"

of friendship: we take it where both Freud and Lacan have outlined it, and then we turn to philosophy with the purpose of clarifying a relationship with the fellow man that does not disdain his/her otherness. We will take the role of the interlocutor as a privileged reference to think about this friendship.

Keywords: psychoanalysis, friendship, interlocutor.

L'AMITIÉ EN PSYCHANALYSE. LA FONCTION DE L'INTERLOCUTEUR

Résumé

Cet article a pour but d'interroger la raison de l'amitié en psychanalyse, par le biais d'une question concrète qui souligne l'importance de son approche : *qu'est-ce qu'un psychanalyste pour un autre* psychanalyste? Pour répondre à cette question on proposera différents "modèles" de l'amitié : examinant tout d'abord les propos de Freud et Lacan, on fera ensuite appel à la philosophie afin d'élucider une relation avec le prochain qui ne sous-estime pas son altérité. Pour ce faire, on prendra la fonction de l'interlocuteur en tant que référence privilégiée permettant de réfléchir à la relation d'amitié.

Mots-clés: psychanalyse, amitié, interlocuteur.

Recibido: 30/05/13

Aprobado: 28/07/13

¹ Psicoanalista. Magíster en Psicoanálisis (UBA). Lic. en psicología (UBA). Lic. en Filosofía (UBA). Investigador de la UCES: director del proyecto "Fenomenología y Psicoanálisis: Convergencias y divergencias". Investigador Facultad de Psicología (UBA). Prof. Adjunto Psicopatología (UCES). Jefe de Trabajos Prácticos Cat. I Psicología Fenomenológica y Existencial (UBA); Docente Cat. I Clínica de Adultos (UBA).

La amistad es un tópico que prácticamente no ha sido considerado en psicoanálisis. En la obra de Freud no hay ningún texto específico sobre la cuestión y, en la orientación lacaniana, la pregunta ni siquiera ha sido planteada en sentido estricto. Sin embargo, sería precipitado afirmar que nada se ha propuesto al respecto.

En todo caso, puede decirse que más allá de toda especulación teórica es en la clínica con niños donde suele hablarse del lugar que los amigos ocupan en la vida de la personas, en particular en determinada época, cuando el crecimiento promueve aquello que se llama 'juego de pares'. En este punto, a través de esa experiencia en la que se indica el pasaje de cierta perspectiva 'egocéntrica' (o narcisista) hacia la apertura en la asunción del punto de vista de los otros, en este descentramiento, se perfila un lugar posible para el amigo: ser un *semejante*. Por esta vía, la presencia del otro estaría asociada a la posibilidad de 'ponerse en su lugar'. En estos términos, por ejemplo, es que lo desarrollara I. Lepp en su libro *Psicoanálisis de la amistad* (1965), quien no sólo propone que la fibra íntima de este vínculo radicaría en la capacidad de 'comprenderse' recíprocamente a través del diálogo, sino que llega incluso a formular una pulsión que fundamentaría la necesidad de la amistad:

El impulso amistoso [...] brota a menudo de las profundidades afectivas de nuestro psiquismo, mucho antes de que hayamos podido adquirir el conocimiento racional del otro. Nuestra libido se encuentra estimulada por nuestra disponibilidad para la amistad, por nuestra necesidad de amistad. Pero si nuestro impulso nos lleva hacia tal ser más bien que hacia los demás, es porque nuestro inconsciente cree reconocer en él una pareja potencial para el diálogo, para la comunión. (Lepp, 1965: 31)

No es el objetivo de este artículo detenerse en una crítica de la posición de Lepp, que podría ser reconducida a una actitud existencialista que, finalmente, concluye en un uso ciertamente liviano de los conceptos. No obstante, y sólo para remitirnos al texto citado, cabría preguntarse —más allá del 'impulso amistoso'— ¿a qué tipo de afinidad entre personas podría conducir el inconsciente? Lacan se ocupó de esta cuestión en una ocasión específica, a propósito de una relación de 'pareja':

Ahora bien, si ella permanece en el lugar donde la ha instalado la neurosis [...] es por la concordancia que ha realizado desde hace mucho tiempo sin duda con los deseos del paciente, pero más aún con los postulados inconscientes que mantienen. (Lacan, 2002/1958: 611)

De este modo, ¿no pareciera que el inconsciente sea un buen consejero sentimental para establecer vínculos amistosos! Ya sea porque en el deseo del hombre el *partenaire* requiere ser degradado al lugar de objeto —punto en el que sólo la posición femenina podría saber maniobrar con ese semblante—, o bien porque el inconsciente desconoce la diferencia, esto es, la alteridad del otro. Del modo que sea, de acuerdo con este postulado, el amigo quedaría 'parificado' en una relación que sólo en el mejor de los casos sería de simetría.

En este artículo nos proponemos interrogar el motivo de la amistad en psicoanálisis, a través de una pregunta concreta, que destaque la importancia de su planteo: ¿qué es un psicoanalista *para otro*

psicoanalista? Para dar cuenta de este aspecto, propondremos diferentes ‘modelos’ de la amistad: partiremos de lo que han dejado esbozado Freud y Lacan al respecto, para luego recurrir a la filosofía con el propósito de esclarecer una relación con el semejante que no desestime su alteridad. Como referencia privilegiada para pensar la relación de amistad tomaremos la función del interlocutor.

De la identificación al interlocutor

Si bien Freud no escribió ningún artículo que se ocupara de la amistad, no dejó de formular algunas indicaciones que podrían ser retomadas. Por ejemplo, cabe recordar el célebre capítulo de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) en el que se distinguen tres tipos de identificaciones: la identificación primaria al padre por ‘incorporación’; la identificación al rasgo, que fundamenta el síntoma (por ejemplo, la tos de Dora); la identificación histérica, que establece una comunidad de deseo, para dar cuenta de la cual comenta el caso de un grupo de ‘amigas del pensionado’:

Por ejemplo, si una muchacha recibió en el pensionado una carta de su amado secreto, la carta despertó sus celos y ella reaccionó con un ataque histérico, algunas de sus amigas, que saben del asunto, pescarán este ataque [...] El mecanismo es de la identificación sobre la base de poder o querer ponerse en la misma situación. Las otras querían tener también una relación secreta, y bajo el influjo del sentimiento de culpa aceptan también el sufrimiento aparejado. (Freud, 1988/1921: 101)

De este modo, para Freud, la empatía [*Einfühlung*] —“que desempeña la parte principal en nuestra comprensión del yo ajeno” (Ibíd: 102)— es producto de la identificación. Y, en el caso de constitución de la masa, la comunidad afectiva estaría subtendida por el vínculo libidinal con el líder:

Ya columbramos que la ligazón recíproca entre los individuos de la masa tiene la naturaleza de una identificación de esa clase (mediante una importante comunidad afectiva), y podemos conjeturar que esa comunidad reside en el modo de la ligazón con el conductor. (Ibíd: 101)

Por esta vía, entonces, el análisis freudiano avanza desde la amistad hacia la masa; o, mejor dicho, esta última expone la verdad de aquella, es decir, el vínculo entre amigos es elaborado sin consideración de la diferencia y la alteridad.

De acuerdo con este planteo freudiano, la perspectiva lacaniana también parte de considerar la histeria como vector de la relación entre amigos:

La devoción de la histérica, su pasión por identificarse con todos los dramas sentimentales, de estar ahí, de sostener entre bastidores todo lo que pueda ocurrir que sea apasionante y que, sin embargo, no es asunto suyo —ahí está el resorte, el recurso a cuyo alrededor vegeta y prolifera todo su comportamiento. (Lacan, 2004/1960-61, 281)

De este modo, pueden reconocerse determinados ‘hábitos’ de la histérica: su pasión por las aventuras amorosas de sus amigas, la curiosidad compartida (como la que enlazaba a Dora con la señora K), etc. En

definitiva, la histérica, cuya relación con el deseo es inmediata, predispone directamente a la comunidad del vínculo amistoso. Sin embargo, cabría destacar que esta forma de relación tiene como fundamento el encuentro con lo 'semejante'. Afortunadamente, no se trata de la única vía de relación con el amigo que planteara Lacan.

En una carta fechada el 20 de noviembre de 1970 (Archivos de Banyuls-dels-Aspres), Lacan se dirige a Henri Ey en los siguientes términos:

Querido, a pesar de mi ausencia quiero que sepas que estaré siempre contigo, como cuando eras (he encontrado esto en mi Tesis) alguien a quien hablar. Una vez que esta necesidad me ha quitado, el corazón —que ella esconde— permanece tuyo.

Esta carta remite a una afección cardíaca que Ey había sufrido en ese entonces, y recoge una alusión que ya se encontrara en la tesis de doctorado de Lacan, *De la psicosis paranoica en su relación con la personalidad* (1932), obra dedicada al célebre psiquiatra: "Desde hace mucho tiempo, en nuestras conversaciones con él, hemos encontrado el mejor apoyo y el mejor control de un pensamiento que se busca: 'alguien a quien hablar'." (Lacan, 2010/1932: 42)

Es curioso que para encontrar otro modelo respecto del vínculo entre amigos sea preciso avanzar más allá de la obra y dirigirse a la biografía de Lacan. En este punto, debería recordarse que la relación con Ey nunca fue de 'reciprocidad' —para ello no hay más que leer "Acerca de la causalidad psíquica" (1946), ponencia en la que Lacan busca dismantelar el órgano-dinamismo de Ey—. Dicho de otro modo, Lacan y Ey fueron amigos a pesar de ser adversarios irreconciliables, o bien podría sostenerse que sólo compartieron la diferencia en sus modos de pensar. Sin embargo, eso no impidió que Lacan le dedicara su tesis... ni que Ey asistiera a la clase del seminario que se conocería como "La excomunió" (1964), en una clara señal de apoyo luego de la expulsión de Lacan de la Asociación Internacional.

En este sentido, podría decirse que es la función del interlocutor la que se recorta como fundamento de esta relación entre amigos. Así lo demuestra también P. Seveso en un libro reciente que esclarece la importancia de la 'conversación' de Freud con muchos de sus amigos y discípulos que, finalmente, terminaron por ser sus 'enemigos' (Cf. Seveso, 2013).

Ahora bien, ¿cómo esclarecer esta función específica del interlocutor y delimitar su importancia para el vínculo entre psicoanalistas? ¿En que consistiría esta extraña figura del prójimo que, a despecho de su condición de semejante, se expone a ser una suerte de enemigo eventual?

La función del interlocutor

En el capítulo 4 del libro IX de la *Ética a Nicómaco*, Aristóteles afirma que la amistad (*philia*) deriva del amor de sí (*philautia*). En efecto, demuestra el Estagirita, todas las definiciones que pueden darse de la amistad — aquel a quien se hace bien, se desea una vida prolongada, con quien se comparten alegrías y tristezas, etc.— dependen de la relación que cada uno tenga consigo mismo. He aquí el núcleo de la relación especular con el semejante: “El hombre de bien tiene con su amigo una relación idéntica a la que mantiene consigo mismo.” (1166a 31-32)

Esta doctrina de la amistad, basada en el amor de sí, fue retomada en el curso de la Edad Media, especialmente por Tomás de Aquino, a quien Lacan cita en su conferencia de Italia (el 4 de febrero de 1973) en los siguientes términos:

He escuchado hablar del tomismo desde la adolescencia [...]: a saber que no hay teoría del amor que pueda fundarse, que tenga sentido, que tenga una coherencia lógica, a menos que se funde, esta teoría del amor, en el amor de sí, es decir, en eso que, por lo general, llamamos ‘egoísmo’. (Lacan citado por Julien, 1995: 143)

Esta afirmación de Lacan permite extraer una conclusión respecto de la relación con el prójimo a partir de la relación especular: “desear el bien de alguien quiere decir [...] someterlo” (Julien, 1995: 143). Por esta vía, el amor en que se funda la amistad lleva, finalmente, a la guerra con el otro. Se trata, entonces, del amor basado en el narcisismo y en el reconocimiento, donde la falta de este último introduce la discordia.

Sin embargo, no es este el único modelo que puede tomarse de la Antigüedad para pensar una relación entre amigos. Podría pensarse también, por ejemplo, en el canto XXIII de la *Iliada*, que narra los ritos funerarios que son dedicados al amado de Aquiles, quien se hubiera presentado por la noche ante su amante en calidad de fantasma (*psyché eidolon*) solicitando una sepultura humana. Patroclo no podía morir hasta tanto no se realizara el duelo que, simbólicamente, inscribiera su pérdida. G. Agamben describe este pasaje en los siguientes términos:

Aquiles ha velado toda la noche junto a la hoguera donde se consume el cuerpo de su amigo, llamando a gritos a su alma y derramando vino sobre las llamas, o desahogando ferozmente su dolor en el cadáver insepulto de Héctor. De pronto, el enojo da lugar al placer jovial y al entusiasmo agonístico que suscita la contemplación de la carrera de carros, los combates de pugilato, la lucha y el tiro con arco [...]. (Agamben, 2007: 117)

Desde la infancia, Patroclo era el mejor amigo de Aquiles; eran amantes, y la muerte de aquél acontece en el contexto en que simuló ser Aquiles al ponerse su armadura. Esta última indicación basta para apreciar de qué modo su relación era intransitiva y cómo Aquiles sólo puede responder por su amistad con un acto que rinda tributo al ausente, sacrificando varias de sus propias pertenencias.

Esta indicación del amigo que responde ante la muerte de otro, en una actitud que desafía la empatía y el amor de sí, es la que puede encontrarse en una referencia contemporánea a partir de la obra de M. Blanchot. En un artículo escrito en homenaje a G. Bataille, titulado justamente “La amistad” (1971), Blanchot encuentra la ocasión para pensar sobre la amistad en su relación con la inminencia de la muerte e introduce algunas reflexiones que permiten circunscribir la función del interlocutor:

Debemos renunciar a conocer a aquellos a quienes algo esencial nos une; quiero decir, debemos aceptarlos en la relación con lo desconocido en que nos aceptan, a nosotros también, en nuestro alejamiento. La amistad, esa relación sin dependencia, sin episodio y donde, no obstante, cabe toda la sencillez de la vida, pasa por el reconocimiento de la extrañeza común que no nos permite hablar de nuestros amigos, sino sólo hablarles, no hacer un tema de conversación (o de artículos), sino el movimiento del convenio de que, hablándonos, reservan, incluso en la mayor familiaridad, la distancia infinita, esa separación fundamental a partir de la cual lo que separa se convierte en relación. (Blanchot, 1971: 258)

Una paráfrasis de esta referencia de Blanchot permite apreciar diferentes elementos: a) en primer lugar, el amigo no puede ser conocido, esto es, no cabe plantear una relación simétrica de comprensión o empatía; b) en segundo lugar, si hay reconocimiento sólo es de la extrañeza del prójimo, una ‘extrañeza’ que es recíproca, es decir, una relación que consiste en la ‘no relación’ misma; c) en tercer lugar, a partir de lo anterior, el amigo no puede ser el objeto de un enunciado, sino un destinatario específico: el interlocutor o, para utilizar la expresión de Blanchot (quien utiliza un giro cercano al de Lacan en su conversación con Henri Ey) “aquellos a quienes se habla”.

De acuerdo con esta perspectiva lacaniano-blanchotiana (si podemos nombrarla de este modo), se habla a los amigos en su ausencia —de ahí la referencia inevitable a la figura de la muerte—, en una distancia que no es reducible pero que es, al mismo tiempo, lo que pone en contacto. De este modo, la función del interlocutor es la de sostener un discurso, más allá de todo acuerdo potencial, o asentimiento; por eso, el homenaje (o el rito fúnebre) es la mejor manera de sancionar la amistad. Así lo expresa también una célebre canción de J. M. Serrat, “Si la muerte pisa mi huerto”, cuando en ella se formula la siguiente pregunta: “¿Quién será ese buen amigo/ que morirá conmigo,/ aunque sea un tanto así?”.

La “comunidad de los que no tienen comunidad”

Luego del *excursus* anterior respecto de modelos filosóficos sobre la amistad, con el propósito de deslindar la función del interlocutor, cabe volver a la pregunta planteada en el comienzo acerca de la relación entre analistas: ¿qué es un psicoanalista para otro psicoanalista? De acuerdo con el desarrollo de este artículo, intentaremos aprehender este vínculo en función de una concepción específica de la amistad. Sin embargo,

antes de detenernos en este motivo, cabe realizar un rodeo suplementario sobre ese prójimo singular que es el amigo para cernir un nuevo elemento para nuestro argumento: la noción de comunidad.

La figura del amigo es un concepto central en la filosofía de F. Nietzsche. De acuerdo con P. van Tongeren, el término amigo está “entre los más frecuentes en el vocabulario de Nietzsche y confirma la expectativa de que los temas sobre la amistad juegan un importante papel en su pensamiento” (van Tongeren, 2003: 74). Así lo demuestra, por ejemplo, un famoso pasaje del apartado “De los amigos” en *Humano demasiado humano*: “¡Oh, amigos! No hay amigos”. Por esta vía, Nietzsche propone la enemistad en el centro de su concepción de la amistad. Esta ‘enemistad’ implica la apertura a la diferencia, a aquello más heterogéneo en el otro que, para el caso, podría hacerlo difícil de asumir como propio.

A su vez, esta referencia nietzscheana es retomada por J. Derrida en su libro *Políticas de la amistad* (1994). En esta obra, Derrida apunta a introducir la amistad en lo político, con el propósito de pensar la democracia más allá de su fundamento en la fraternidad, sino en la tensión y la resistencia a la homogeneidad. De este modo, su reflexión sobre la amistad avanza hacia el ámbito de las virtudes públicas (como una suerte de reverso del planteo de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles) al recuperar la figura del enemigo como motivo de tensión. Asimismo, de acuerdo con el planteo de Blanchot, en el comentario que realiza de la afirmación de Nietzsche mencionada, Derrida destaca la relación de la amistad con la muerte:

El apóstrofe ‘Oh, amigos míos no hay ningún amigo’ dice la muerte de los amigos. La dice. En su ‘contradicción realizativa’ (no debería uno poder dirigirse a amigos llamándolos amigos para decirles que no hay amigos, etc.), ese decir vacila entre la constatación —tiene la forma gramatical de ésta— y el fallo de la sentencia [...] (Derrida, 1994: 44)

En este contexto, las elaboraciones de Derrida conducen a ciertas observaciones sobre el tipo de comunidad que los ‘amigos-enemigos’ constituirían:

Amigos completamente diferentes, amigos inaccesibles, amigos solos, en tanto que incomparables y sin medida común, sin reciprocidad, sin igualdad. Sin horizonte de reconocimiento, pues. [...] Así se anuncia la comunidad anacorética de aquellos que aman alejarse. La invitación os viene de aquellos que *no aman más que separándose lejos*. (Derrida, 1994: 53)

Destacar el tono blanchotiano de esta indicación de Derrida es inevitable, al apreciar la amistad que se funda en la distancia (del yo), sin reciprocidad (especular) y que prescinde del reconocimiento (narcisista). Curiosamente, es una suerte de testimonio de dicha influencia de interlocución —y de la amistad que lo uniera con otros pensadores—, el que le permite recurrir al sintagma “comunidad de los que no tienen comunidad”:

Éstas son palabras, como se sabe, de Bataille. ¿Por qué las citamos aquí? Para atestiguar demasiado brevemente, pobremente, la atención y el reconocimiento que me llevan aquí a pensadores y textos a los que me liga una amistad de pensamiento con la que seré siempre desigual. Sin esperanza, pues, de hacerles justicia aquí. Estas palabras de Bataille las sitúa Blanchot como exergo de *La Communauté inavouable* (Minuit, Paris, 1983), obra que, desde sus primeras líneas, como se sabe, dialoga con el artículo de Jean-Luc Nancy, que se convertirá en libro, *La Communauté*

désouevrée (Bourgeois, París, 1986). Es de nuevo, como *La amitié* (1971), al que nos referimos más adelante, un libro sobre la amistad según Bataille. (Derrida, 1994: 55)

De este modo, Derrida pone en acto —con esta referencia— su interlocución con los textos de sus precedentes, ese punto en que sus ‘amigos-textuales’ lo han hecho pensar y, eventualmente, le han permitido encontrar su propio mensaje invertido.

A partir de este esclarecimiento sobre la comunidad que aloja al amigo-enemigo (que aquí circunscribimos a partir de la noción de interlocutor), podemos detenernos en la pregunta que concierne a la relación entre analistas. La importancia de este tópico podría ser parafraseada con los siguientes interrogantes:

- a) Una comunidad de analistas, ¿puede estar reunida bajo un Ideal?
- b) Una comunidad de analistas, ¿se define por su diferencia con otra comunidad?
- c) Una comunidad de analistas, ¿cabría se organice por una práctica?

Estas tres preguntas deben ser respondidas negativamente. Respecto de la primera cuestión, cabe apreciar que si fuera de ese modo, la comunidad analítica se vería reducida al estatuto de masa y, orgánicamente, sería difícil de diferenciar de la barra de simpatizantes de un equipo deportivo. Si fuera el caso de la segunda posibilidad, la comunidad analítica sólo atendería a la diferencia de manera extrínseca y, por lo tanto, el estatuto que mejor le cabría es el de un partido político, destinado a plantear su crecimiento en términos de tensiones y búsqueda de poder. Y, por cierto, si este aspecto no es desdeñable en una comunidad de analistas, no es el motivo suficiente que podría darles una condición singular. En tercer lugar, si una comunidad se organizara por una práctica, no distaría de asemejarse a una comunidad profesional y, por lo demás, el psicoanálisis escapa a esa chance. En todo caso, los mejores encuentros entre analistas —cuando verdaderamente hay ‘encuentro’ (*tyché*)— acontecen para testimoniar de aquello que hace que la práctica del psicoanálisis sea un imposible (como lo es también educar y gobernar).

De acuerdo con lo anterior, el lugar privilegiado que puede encarnar un analista para otro analista es el de interlocutor, al dar lugar a ese amigo-enemigo que puede sostener la pregunta por el acto analítico cuando, por lo general, se está demasiado cómodo en las confirmaciones habituales de la experiencia decantada. Dicho de otro modo, el analista en su comunidad vuelve a ser el prójimo que se opone a la totalización del saber en un borde intrínseco. En este sentido, para el caso, es que podría ser reinterpretada la célebre alocución de Lacan en las “Conclusiones” del IX Congreso de la Escuela Freudiana, el 9 de julio de 1978: “Tal como llego a pensarlo ahora el psicoanálisis es intransmisible. Esto es bien fastidioso. Es fastidioso que cada psicoanalista sea forzado —ya que hace falta que sea forzado— a reinventar el psicoanálisis.” (Lacan, 1978: 220)

De este modo, plantear la cuestión de la función del interlocutor es un modo de recuperar el problema de la transmisión en psicoanálisis desde un punto de vista que no sea negativo, esto es, que meramente destaque la imposibilidad de la transmisión, ya que ese punto que enfatiza Lacan —el ‘esfuerzo’ requerido— bien podría corresponder a la comunidad misma, ya sea cuando interpela al enseñante o bien lo ‘fuerza’ a dar razones de su acto. Por eso, la comunidad analítica no es una ‘comunidad epistémica’ en sentido estricto, dado que resiste a la constitución de un saber que funcione en el lugar del amo (como en el discurso universitario), sino una comunidad que se sostiene en la fuerza de la ‘no-relación’, a la que sólo puede responderse con la invención que haga pasar la experiencia al concepto.

Conclusiones

En el cierre de las Jornadas de la Escuela Freudiana de París de 1977, “Los matemas del psicoanálisis”, Lacan realizaba la siguiente intervención: “El beneficio principal que se puede extraer de una reunión como esta es el de instruirse, en resumen, es el de darse cuenta de que no sólo hay el modito de cada uno de revolver la ensalada.” (Lacan, 1977: 507)

Con estas palabras Lacan enfatizaba que es preciso que el psicoanalista encuentre en los demás la revisión de su acto. Sin embargo, ¿cuál es el estatuto de los otros en una comunidad como la del psicoanálisis? Para responder a esta pregunta hemos esclarecido la función del interlocutor, a partir de distinguir esta figura del prójimo en función de dos variables para delimitar la noción de amistad: no se trataría tanto de pensar en el amigo como aquel que es un semejante, sino como aquel que se constituye como ‘alguien a quien hablar’, que no es objeto de identificación (o de discurso) sino un destinatario radical que sostiene e interpela la enunciación del que habla.

Para concluir, podría formularse que, en este contexto, la célebre afirmación de Lacan de que el analista es “al menos dos” —pronunciada el 10 de diciembre de 1974, en el seminario *RSI*— cobraría un nuevo sentido: ya no sólo es cuestión de pensar que, además de aquel que funciona como soporte del acto, el analista ocupa el lugar de investigador que sería capaz de teorizarlo, sino que ese ‘dos’ remitiría también a la función de interlocutor que puede concernir a otro analista —en la comunidad de analistas— al oficiar como límite intrínseco a la cristalización de saber. De este modo, la comunidad en cuestión sería una comunidad que no estaría regida por el Ideal, que no sucumbiría a la masa y, por lo tanto, daría lugar a la invención.

Referencias bibliográficas

- Agamben, G.** (2007). *Infancia e historia* (Silvio Mattoni (Trad.)). Buenos Aires, Argentina: Adriana Hidalgo.
- Derrida, J.** (1994). *Políticas de la amistad. Seguido de El oído de Heidegger*. (Patricio Peñalver y Francisco Vidarte (Trads.)). Madrid, España: Trotta.
- Freud, S.** (1988). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. XVIII). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921)
- Julien, P.** (1995). *L'étrange jouissance du prochain. Éthique et psychanalyse*. Paris, Francia: Seuil.
- Lacan, J.** (1977). Cierre de Jornadas de la E.F.P: 'Los matemas del psicoanálisis'. En Graciela Leguizamón, María del Carmen Melegatti y Rafael Perez (Trads.). *Lettres de l'École*, No. 21 (pp. 506-509). Paris, Francia.
- Lacan, J.** (1978) Conclusiones del 9º Congreso de Paris de E.F.P. En *Lettres de L'École*, No. 25. Paris, Francia.
- Lacan, J.** (2002) La dirección de la cura y los principios de su poder. En Lacan y Tomás Segovia (Trad.). *Escritos 2*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores. (Trabajo original de 1958 y publicado en 1966)
- Lacan, J.** (2004). *El seminario, Libro 8: La transferencia*. Buenos Aires, Argentina: Paidós. (Trabajo original de 1960-61).
- Lacan, J.** (2010). *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*. (Antonio Alatorre (Trad.)). Buenos Aires, Argentina: Altaya. (Trabajo original publicado en 1932)
- Lepp, I.** (1965). *Psicoanálisis de la amistad*. (Alicia Balbina Gómez (Trad.)). Buenos Aires, Argentina: Carlos Lohlé.
- Seveso, P.** (2013) *Alguien a quien hablar. La función del interlocutor en la obra de Freud*, Buenos Aires, Letra Viva.
- Van Tongeren, P.** (2003). On friends in Nietzsche's Zarathustra. En *New Nietzsche Studies. The Journal of the Nietzsche Society*. The Pennsylvania State University/The Friedrich Nietzsche Society.

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article / Para citar este artigo (APA):

Lutereau, L. (2014). La amistad en psicoanálisis. La función del interlocutor. *Revista Affectio Societatis*, Vol. 11, N.º 20 (enero-junio 2014), pp. 32-42. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de: <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>